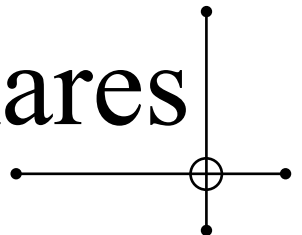


DIKAIOSYNE N° 28
Revista de filosofía práctica
Universidad de Los Andes
Mérida – Venezuela
Diciembre 2013 / ISSN 1316-7939

Interdisciplinarios



LA HERBOLARIA, ENTRE LA MAGIA Y LA CIENCIA

Ricardo Gil Otaiza*

En el contexto de las hierbas curativas confluyen diversidad de variables, que conllevan usos y abusos, realidad y ficción, y en ese espacio que se abre entre tales prácticas y abstracciones, a menudo se nos escapan extraordinarias oportunidades para alcanzar el éxito en los objetivos terapéuticos. En nuestra práctica académica diaria nos percatamos de que las hierbas han sido incorporadas al acervo cultural de los pueblos y —como en una especie de amalgama o sinfonía perfecta— las técnicas curativas se mueven en un amplio espectro de contingencias, muchas de las cuales escapan a nuestros conocimientos, o sencillamente a nuestras posturas ante la vida misma (creencias religiosas, tradiciones, atavismos, leyendas, o mera magia y esoterismo), y esto nos impulsa a reflexionar, o a deslindarnos en silencio para siempre.

A lo largo de más de dos décadas nos hemos dedicado al estudio de las especies vegetales medicinales, sobre todo de aquellas hierbas utilizadas por los pobladores de los Andes Venezolanos, y en ese profuso trajinar por pueblos, caseríos y comunidades campesinas, nos hemos topado con múltiples experiencias rayanas en lo inverosímil y en lo mágico. Como se ha de suponer, nuestra posición académica nos ha llevado a no tomar partido por algo que no pueda ser perfectamente comprobado desde la ciencia. Si se quiere —transigimos—: un cientificismo ciego

* Profesor Titular de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis, Universidad de Los Andes (ULA). Farmacéutico, Magíster en Educación Superior mención Docencia Universitaria, Magíster en Gerencia Empresarial, Doctor en Educación mención Andragogía, Doctor en Ciencias de la Educación, Postdoctor en Gerencia en las Organizaciones, investigador activo acreditado en el PEII ONCTI (Nivel B), escritor con 28 libros publicados, columnista del diario *Frontera* de Mérida y de *El Universal* de Caracas. Miembro Correspondiente Estatal de la Academia de Mérida en el área de las Ciencias Físicas, Matemáticas, Naturales, Químicas, de Salud y Tecnología, biógrafo de Tulio Febres Cordero, ex Decano de su Facultad, Editor Honorario de la Revista de la Facultad de Farmacia. Coordinador del Programa de Estudios Postdoctorales Gerencia para el Desarrollo Humano de la ULA. Correo: rigilo99@hotmail.com

Este ensayo es parte de una investigación de mayor alcance patrocinada por el CDCHTA, Código FA-457-09-03-B, de la cual derivó también el artículo titulado “Estudio etnobotánico en la población de Cacute, Municipio Rangel (Estado Mérida-Venezuela)” que fue publicado en la Revista de la Facultad de Farmacia, v.53, N° 1, enero-junio 2011. El autor expresa su sincero agradecimiento al CDCHTA de la Universidad de Los Andes por el apoyo académico y financiero otorgado a este proyecto.

frente a la realidad real y ante un mundo tejido por múltiples tramas de inexplicable urdimbre. Sin embargo, vistas las circunstancias de tantas personas que ponen en las hierbas todas sus esperanzas (debido a que no cuentan con otra cosa y a la tradición oral que los marca desde la cuna hasta la tumba), nos hemos encontrado muchas veces ubicados en posiciones verdaderamente difíciles, lindantes con el precepto científico, que nos impelen a considerar con la cabeza fría hasta dónde es posible investigar entre las comunidades sin verse “contagiados” por ese halo de lo mágico-religioso (la invocación a deidades para que la elección y el tratamiento surtan los efectos deseados), que no se niega a ninguna posibilidad, que nos empuja a seguir indagando más allá de lo escrito y estudiado, para sacar como certeza la no-certeza, la duda metódica, la incertidumbre del intelecto frente a lo incomprensible, pero que está allí frente a nuestros ojos contradiciendo de algún modo la razón.

Mito y realidad

Pareciera —en todo caso— que la herbolaria hubiese producido a lo largo del tiempo el levantamiento de la necesaria escisión cerebral entre la lógica y la superchería, entre la terapéutica y la ficción; entre el mito y la realidad de las cosas. Como si esa barrera que nos hace seres pragmáticos y a veces etéreos, se hubiese diluido en una suerte de caldo común en el que converge todo; es decir, la vida misma. Si en la ciencia la vida es posible sólo desde el ángulo de lo comprobable y replicable, en el ámbito de lo mágico todo es posible, incluso la ficción. Magia y realidad se hacen una sola, se conjugan, se confabulan, se conjuntan para representar —en esa resultante— la estampa de lo creíble por el hombre y la mujer del común: seres que no se permiten dudar entre su sabiduría ancestral (lo “real” y vivido por otros) y lo libresco (lo “oscuro” e insondable ante sus ojos).

En la herbolaria se manifiesta lo más hondo, lo más profundo del ser humano, ya que su raigambre es lo telúrico, lo que nos llega de la tierra, lo que convive con el *Homo sapiens* desde tiempos inmemoriales. Las plantas son manifestaciones claras de la salud, del alimento, del vestido, de la vivienda, del arte y de la espiritualidad. La convergencia de todos estos elementos se traduce, pues, en *práctica*, en *quehacer*, en una cotidianidad que se nos convierte de pronto en la existencia misma. Sin las plantas no habría vida; sin su utilización por parte del hombre y de la mujer, la cultura humana carecería de toda noción y de todo sentido de la tierra: como suelo y como patria definitiva.

Planta y deidad, realidad y abstracción, constituyen de manera rítmica una misma sustancia, una idéntica esencia. Lo prosaico y lo sagrado se dan la mano para entregarnos así la energía que todo lo mueve y, con ella, la vida. Se erige entonces la planta en receptáculo propicio para una sabiduría que nos llega por disímiles caminos, para devolvernos de pronto a la noción de lo posible como meta de lo humano. Desde lo sagrado irrumpe la oración en la práctica herbolaria como canal a través del cual nos comunicamos con los dioses, para pedirles la cura y la salvación del cuerpo como templo del espíritu. Lo profano en tales circunstancias (la acción del curandero, ramero, herborista o chamán) se antepone como vía para que a través de la planta nos sean dadas todas las gracias que proceden de lo inasible, transmutándose ésta —así— en fuente de sanación, y de salvación. Si Nietzsche profetizaba la muerte de Dios como camino a la independencia del ser humano, entendida como secularización, el hombre común enarbola la creencia y la libertad, la deidad y el entorno natural como vías para alcanzar su propia conciencia del ser. Ese “Nietzsche que no cesa”, a decir de Claudio Magris¹, se profundiza en el encuentro definitivo y único entre lo sagrado y lo profano.

El portento de la curación

Sin las plantas no cabría posibilidad alguna de supervivencia, sin ellas no habría alimento, ni medicamento; no tendríamos remedio para nuestros males. Las plantas son por tanto consustanciales a la existencia de los seres humanos y de los animales. Visto así, las plantas se erigen en centro de la existencia del hombre, de allí su impacto innegable en todas y cada una de las actividades que han conformado su ya largo trajinar por la historia. Desde el hombre y la mujer prehistóricos, que hicieron de su entorno natural medio y fin, hasta las presentes generaciones que poblamos el planeta —y que hemos impactado negativamente la naturaleza con fines del desarrollo—, todos somos sin excepción hijos del androceo y del gineceo. El campesino toma la planta e invoca una deidad. Él sabe que sin ese contacto con lo intangible nada de lo que haga estará conforme a su propia ley natural. Sin la oración, sin la invocación a un ser inasible, el proceso estará truncado, perdido en un limbo de inconsistencias y vacíos. Cuando el chamán o yerbatero le dice al paciente que le aqueja una culebrilla (el *herpes zóster*) y que para curarse es necesario

¹ En: Magris, C. 2008. *La historia no ha terminado. Ética, política, laicidad*. Anagrama, Colección Argumentos. Barcelona, España.

aplicar la hierba mora y el ritual del rezo, lo que está expresando desde su sabiduría ancestral es la completud, la dialógica² entre la realidad y la magia. A través del rezo el yerbatero y el paciente se ponen en contacto con la deidad en una dimensión etérea, ontológica, sustentada en el viejo sistema hipocrático: mente-cuerpo-espíritu. El rezo une lo material con lo incorpóreo, lo humano y lo divino. No obstante, el proceso será fallido sin la presencia de la planta. Es la planta el receptáculo de la “gracia”, y sólo a través de “ella” es posible el portento de la curación.

En la herbolaria es indisoluble el binomio hombre-planta, al que se aúnan con gran fuerza un sinnúmero de variables, que de alguna manera hacen posible ese “todo” que constituye el proceso de sanación. Si bien la planta posee un elevado número de principios activos (metabolitos) —que al entrar en contacto con el organismo de la persona producen alteraciones bioquímicas, que deberán conducir a cambios en los signos y los síntomas a través de los cuales se manifiesta la enfermedad—, la completud dada por factores “sutiles” como la fe, la confianza en la persona en quien realiza la curación y el grado de compromiso establecido entre el enfermo y el sanador, son indispensables a la hora de sopesarse en su justa dimensión el impacto de la herbolaria en la vida de los pueblos y de sus culturas. Esa “completud” de la que hablamos es posible en todo caso si nos abrimos a una comprensión de la realidad desde el ángulo de lo complejo, de esa “trama de la vida”³ sin la cual nada de lo “real” y de lo “etéreo”, y sus interconexiones, fuese factible explicar.

La herbolaria y lo fáctico

Por otra parte, le herbolaria constituye un eslabón de primer orden en la comprensión de la medicina científica y su devenir en la historia. Cuando verificamos la influencia de las plantas en la medicina occidental, no podemos menos que asombrarnos por el grado de dependencia con éstas en la elaboración de cientos de miles de productos farmacéuticos, que ingresan a la cadena de comercialización signados por las insondables leyes del mercado y su poderoso influjo global. Un alto porcentaje de los medicamentos que consumimos en Occidente derivan de moléculas de origen natural, eso sin contar con los malabarismos moleculares que desde la semi-síntesis son puestos en marcha para abastecer la demanda creciente de los fármacos, que

² Ver: Morin, E. 1999. *La cabeza bien puesta*. Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina.

³ Capra, F. 2006. *La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Anagrama, Colección Argumentos. Barcelona, España.

ponen a la industria químico-farmacéutica entre las primeras del orbe (sólo superada por la industria bélica y el tráfico de drogas ilícitas⁴).

La herbolaria constituye así materia prima de primer orden para las ciencias farmacéuticas, no sólo en el terreno de la mera abstracción de lo epistémico, sino desde el ángulo de lo fáctico. La diversidad de metabolitos, que van desde los aceites esenciales hasta principios extremadamente complejos como son los glicósidos (entre otros), se erige en fuente primordial para la salud de personas y animales y en factor desencadenante de la ciencia y su portentoso tecnológico. Analgésicos, antitumorales, antiinflamatorios, antibióticos, hormonas, vitaminas, y psicotrópicos, entre muchos otros, son muestra clara y fehaciente de las posibilidades terapéuticas de las plantas medicinales; en particular de la herbolaria. Su influjo pasa por la economía globalizada e impacta de manera determinante la calidad de vida de la población mundial, y sus ya prolongadas expectativas de tránsito por el planeta.⁵

Herbolaria y ciencia son haz y envés de un mismo fenómeno de orden antropológico: por un lado, la representación más genuina de la tradición oral pasada de generación en generación (y con ella la magia, como expresión de la sincronía perfecta entre espiritualidad y portentoso), así como la puerta grande al inusitado desarrollo terapéutico alcanzado por el ser humano, que es hoy insuperable herramienta para el combate contra la enfermedad, y en la defensa de la vida del paciente. Nunca antes los profesionales de la salud habían tenido en sus manos un espectro más variado y rico en matices tecnocientíficos como cuentan hoy. La herbolaria se levanta así en el peldaño decisivo en la proyección, ejecución y evaluación de planes corporativos para la fabricación de medicamentos en masa.

Hacia un cierre

Ya no se trata tan sólo de la producción de plantas a gran escala, para que vayan a surtir los apetecidos mercados de drogas frescas o secas del mundo entero (como sucedía en el pasado y como acontece también en el presente en muchos países), sino que se han transformado de manera sostenida en las últimas décadas, en eslabón de primer orden para la confección de sofisticados patentados, que buscan competir y fortalecer sus nichos crematísticos con la subsiguiente generación de

⁴ Naim, M. 2006. *Ilícito. Cómo traficantes, contrabandistas y piratas están cambiando el mundo*. Debate. Bogotá, Colombia.

⁵ *Ibid.*

divisas, crecimiento económico y riqueza. No en vano la industria farmacéutica va en ascenso y su portento (traducido en divisas para los pocos países que lideran el mercado) se vislumbra aún mayor de continuar el crecimiento demográfico y la demanda de los servicios de salud por parte de todos los continentes.

Herbolaria, magia y ciencia son, pues, una tríada indisoluble. Mientras exista la enfermedad y la muerte, pervivirá también la lucha del ser humano por alcanzar mayores cimas de conocimiento y perfección en la conquista de la salud, y de su atávico anhelo de eternidad. ¿Lo alcanzará? No lo sabemos. Pero de lo que sí estamos seguros, es que el camino es largo y complejo, y que mientras la ciencia avanza en sus serpenteantes derroteros, la esperanza de vida crece, así como también se fusionan de manera exponencial herbolaria y portento, realidad y fantasía, y se eleva el ser humano con sus sueños por encima de su propia finitud.

rigilo99@hotmail.com
@GilOtaiza
www.gil-otaiza.blogspot.com